

1

EL GENIO DE COLÓN

Paolo Emilio Taviani

EL GENIO DE COLÓN

Es falsa la imagen de un Colón aventurero. El no la rechazó nunca, al contrario, buscó la aventura, a menudo, o, para ser más claros, casi siempre; fue en busca de ella y la vivió despreciando el peligro, con el ardor y el valor típico de quien es consciente de sus virtudes y fuerte por la ayuda divina.

Su primer viaje transatlántico fue, sin la menor, duda una fabulosa aventura; pero ya lo habían sido, de una manera u otra, su juvenil viaje a Quíto, los que hizo a Islandia y a Guinea. También fue una aventura su tercer viaje intencionalmente hecho en el tormento de las calmas ecuatoriales y del incesante, tórrido calor. Pero la más singular de sus aventuras, mejor dicho, un conjunto de singulares aventuras, fue su cuarto viaje emprendido-cuando ya su estrella se estaba poniendo exactamente para circunnavegar el globo, que se concluyó, con dos bajeles carcomidos por las termitas, bloqueados un año entero en Santa Gloria de Jamaica, sobre la playa más abierta que se pueda encontrar en las innumerables costas de todo el mundo.

Y no se trata sólo de aventuras marineras. ¿No fue quizá una aventura escaparse de Portugal, llegar a España y quedarse allí siete años? - sin darse nunca por vencido- en la afanosa esperanza de poder realizar su gran proyecto. Y una aventura fue también la empresa terrestre en la Vega Real, el establecimiento de Santo Tomás, en el centro de una tierra más desconocida, para él, que no le resultó el Océano.

Toda la vida del genovés fue una maravillosa -a la vez alegre, a la vez triste, alguna vez tristísima- aventura. Ahora bien, Colón es definido como un aventurero, sólo por quien quiere disminuir sus méritos, quien tiende a considerar sus éxitos debidos a la fortuna, o sea a la casualidad.

En este sentido Colón fue mucho más que un aventurero. Sus méritos están unidos a sus éxitos, pero fueron la causa, no el efecto.

UN GRAN MARINO

Ante todo, hay un dato que no se puede negar sin falsificar profundamente la historia. El genio marinero de Colón fue destacado, excepcional.

Colón no sólo descubrió América, descubrió también las rutas de ida y vuelta entre Europa y el Golfo de México. Hasta que se navegó a vela, los buques que partían de los puertos de España, Portugal, Francia e Italia rumbo a México, las desembocaduras del Misisipí, cualquier isla del Caribe, Colombia o Venezuela, siguieron la ruta del primer viaje de descubrimiento. Y, a la vuelta, fueron al norte del Mar de los Sargazos, en el paralelo de las Azores. Incluso hoy en día, quien quiere cruzar el Atlántico a vela elige la ruta del segundo viaje colombino: ¡de Canarias a Guadalupa! (1).

El descubrimiento de las rutas está conectado con el de los vientos alisios. Fue el mismo Colón el primero que, sin miedo, se enfrentó al Mar de los Sargazos, (2) tuvo las primeras intuiciones de la Corriente del Golfo y descubrió la declinación magnética occidental.(3)

Pero, sobre todo, fue él, él solo, que empezó, en la época moderna, la navegación en mar abierto; fue él el primero que con consciente determinación se atrevió a alejarse, por un largo período de tiempo, de la vista de la costa.

Colón tenía, en grado máximo, las condiciones físicas del marino: una vista y un oído perfectos, y un sentido del olfato excepcional. Todos sus escritos lo revelan. Muchos entre los que le conocieron han exaltado sus extraordinarias cualidades olfativas y nos han dejado el testimonio de su aguda sensibilidad para los perfumes. Alguien la entendió como una manifestación de afectación; al contrario se trataba de la expresión de una facultad que él tenía de una manera desproporcionada en comparación con los otros hombres; una facultad innata, que constituyó uno de los componentes básicos y determinantes de su sexto sentido, el sentido del mar.

Escribe Miguel de Cuneo: "Con sólo mirar una nube o una estrella en la noche, podía decir lo que iba a pasar, y si iba a haber mal tiempo, era el que tomaba el mando y el que se quedaba al timón; y después que la tormenta había pasado era el que izaba las velas mientras que los otros dormían".

Refiere Andrés Bernáldez que Colón escribió: "Nin se tiene por buen piloto ó maestro aquel que aunque haya de pasar de una tierra á otra muy lejos sin ver señal de otra tierra alguna, que yerre diez leguas, aunque el tránsito sea de mil leguas".

Los mayores colombistas, Thacher, HARRISSE, Caddeo, Revelli, Morison, Madariaga, Nunn, Bradford, confirman completamente la opinión de Las Casas: "Cristóbal Colón superó, en el arte de la navegación, a todos sus contemporáneos".

Son escasísimos los juicios discordantes a este respecto. El más drástico es el de Vignaud, cuyas experiencias náuticas parece que se puedan circunscribir a unos "viajecitos" sobre los bateaux-mouches del Sena.

El gran explorador francés Charcot, define así a Colón: "Un marino que tuvo *le sens marin*: el misterioso y connatural don de saber marcar el camino en medio del mar". Los perros ladraron fuerte y todavía ladrarán, pero las carabelas han pasado. La obra de Cristóbal Colón es tan grande que desconcierta hasta llegar al entusiasmo".

Se trata del juicio más halagüeño que un gran marino pudo dar sobre quien puede ser considerado, juntamente con Cook, el más grande marino de todas las épocas (4).

Un gran Geógrafo aunque Autodidacta

Colón fue también un gran geógrafo. Autodidacta en gran parte, pero no completamente. No es casual ni poco importante el hecho de que - como en cambio dice alguien superficialmente- naciese en Génova. Ya de pequeño en Génova aprendió los primeros elementos del arte náutico y siempre en el ambiente de Génova y de Savona adquirió aquella confianza con los problemas del mar y de la navegación que era típica de las tradiciones de la República. Génova tenía sobre esto una indiscutible primacía no sólo en el Mediterráneo sino en toda la Cristiandad. Después, con los primeros viajes y sobre todo con las importantes y largas experiencias atlánticas, desarrolló su sensibilidad hacia la geografía y la penetración en sus múltiples problemas. Una sensibilidad tan aguda, genial a veces, nos la muestra Colón en muchos de sus escritos.

Humboldt indica, entre las cualidades típicas del Genovés, la agudeza y la intuición con las que él sostiene y combina entre ellos, los fenómenos del mundo. Colón, recién llegado a un nuevo mundo y bajo otro cielo, observa atentamente el aspecto de las tierras, la fisonomía de las plantas, las costumbres de los animales, la distribución del calor, las variaciones del magnetismo terrestre. En su Diario y en sus notas él aborda casi todos los puntos que ocupan las actividades científicas durante la segunda mitad del siglo XV y todo el XVI. A pesar de la falta de sólidos conocimientos de historia natural, el instinto de observación de Colón se desarrolla de una forma múltiple en contacto con los grandes fenómenos físicos. El no es un sabio, es, en gran parte, un autodidacta, pero a pesar de todo logrará ser un gran geógrafo.

El Secreto de Colón y la Leyenda del Protopiloto Desconocido

Es necesario ahora rechazar con precisos argumentos científicos la leyenda del secreto de Colón, o sea del protopiloto desconocido.

¿Colón, este genio del mar, geógrafo autodidacta, tenía un secreto?
¿Un secreto por su tiempo y también por la historia?.

Mucho se ha discutido, y quizás se discutirá todavía, sobre la existencia, o inexistencia del "piloto desconocido", que, antes de morir, habría confiado en secreto a Colón un mapa de navegación con la ruta para alcanzar tierras más allá del Atlántico, descubiertas accidentalmente.

La leyenda, según la cual el piloto se hospedó en casa del genovés, en Madera, en Porto Santo o en las Azores, ha llegado hasta nosotros a través de diferentes versiones (5).

En una primera versión, el piloto no tiene nombre, y es desconocida o incierta su patria.

Hernando es muy breve e impreciso al respecto, y hace referencia al relato de Oviedo, del cual hablaremos dentro de poco. "Gonzalo de Oviedo refiere -escribe Hernando- que el Almirante tuvo en su poder una carta en que halló descritas las Indias por uno que las descubrió antes".

Hernando, como en otras ocasiones, cae en un error, porque inmediatamente después relata "el viaje de Vicente Díaz de Tavira, de quien Colón tuvo noticia años más tarde, cuando se hallaba en Sevilla.

El error es realmente macroscópico puesto que, mientras el piloto de quien habla Oviedo se dirige a Inglaterra, la ruta de Díaz de Tavira iba desde Guinea a la isla de Tere eirá, en las Azores.

Pero sigamos a Oviedo, el primer autor que recogió el eco de la leyenda que entonces corría entre el pueblo. Escribe en 1535: "Quieren decir algunos que una caravela que desde España passara para Inglaterra... acacéio que le sobrevinieron tales y tan forzosos tiempos contrarios, que tuvo de necesidad de correr a ponientes tantos días que reconoció una o más de las yslas destas partes de Indias; el salió en tierra y vido gente desnuda dela manera que acá la ay... y después le hizo tiempo a su propósito y tornó a dar la vuelta; e tan favorable navegación le sucedió que volvió a Europa... en este tiempo se murió quasi toda la gente del navío; y no salieron en Portugal sino el piloto con tres o cuatro o alguno más delos marineros; y todos ellos tan dolientes que en breves días después de llegados murieron. Dízese, junto con esto, que este piloto era muy íntimo amigo de Christóval Colóm; y que entendía alguna cosa delas alturas; y marcó aquella tierra que halló de la forma que es dicho, y en mucho secreto dió parte dello a Colom; y le rogó que le fiziese una carta y assentase en ella aquella tierra que avia visto. Dízese que él le recogió en su casa como amigo y le hizo curar, porque también venía muy enfermo. Pero que también se murió como los otros; y que assi quedó informado Colóm de la tierra y navegación destas partes, y en él solo se resumió este secreto".

En las páginas que siguen, Oviedo afirma que el piloto era considerado portugués por unos, andaluz por otros, e incluso vasco, y que Colón en aquella época se hallaba en Madera o en las islas de Cabo Verde.

La frase más importante de Oviedo es la siguiente: "Que esto passase así o no, ninguno con verdad lo puede afirmar; pero aquesta novela assí anda por el mundo, entre la vulgar gente, de la manera que es dicho. Para mí yo lo tengo por falso".

Francisco López de Gómara, quien publicó su *Historia de las Indias* en 1552, diecisiete años después de Oviedo, es el autor que parece dar mayor crédito al relato, aunque su escrito se ha caracterizado siempre por la generalidad de los detalles: "Unos hacen andaluz a este piloto que trataba en

Canarias y en la Madera cuando le aconteció aquella larga y mortal navegación, otros vizcaíno que contrataba en Inglaterra y Francia; y otros portugués que iba o venía de la Mina ó India".

"También hay quien diga que aportó la carabela a Portugal, y quien diga que a la Madera o a otra de las de los Azores; empero ninguno afirma nada. Solamente concuerdan todos en que falleció aquel piloto en casa de Cristóbal Colón, en cuyo poder quedaron las escrituras de la carabela y la relación de todo aquel luengo viaje, con la marca y altura de las tierras nuevamente vistas y halladas".

Bartolomé de Las Casas dedica todo el capítulo XIV de su *Historia de las Indias* al tema del piloto desconocido. Cuenta, más o menos, lo que ha escrito Oviedo y habla de "una carabela o navío que había salido de un puerto de España (no me acuerdo haber oído señalar el que fuese; aunque creo que del reino de Portugal, se decía) y que iba cargado de mercaderías para Flan des o Inglaterra, o para los tractos que por aquellos tiempos se tenían, la cual corriendo terrible tormenta y arrebatada de la violencia e ímpetu della, vino dizque, a parar a estas islas y que aquesta fué la primera que las descubrió".

"Que esto acaeciese así -sigue el dominico- algunos argumentos para mostrarlo hay: el uno es, que a los que de aquellos tiempos somos venidos a los principios, era común, como dije, tractarlo y platicarlo como cosa cierta, la cual creo que se derivaría de alguno o de algunos que lo supiesen, o por ventura quién de la boca del mismo Almirante o en todo o en parte o por alguna palabra se le oyere; el segundo es que, entre otras cosas antiguas de que tuvimos relación los que fuimos al primer descubrimiento de la tierra y población de la isla de Cuba (como cuando della, si Dios quisiere, hablaremos se dirá) fué una ésta: que los indios, vecinos de aquélla, tuvieron o tenían de haber llegado a esta isla Española otros hombres blancos y barbados como nosotros, antes que nosotros no muchos años".

Las Casas se extiende en las peripecias posteriores del piloto, con mayor amplitud que Oviedo, describiendo el regreso y la muerte en casa del futuro Almirante: "El piloto, en reconocimiento de la amistad o de aquellas buenas y caritativas obras, viendo que se quería morir, descubrió a Cristóbal Colón todo lo que les había acontecido y dióle los rumbos y caminos que habían llevado y traído, por la carta de marear y por las alturas, y el paraje donde estas islas dejaba o había hallado, lo cual todo traía por escrito. Esto es lo que se dijo y tuvo por opinión y lo que entre nosotros, los de aquel

tiempo y en aquellos días comúnmente, como ya dije, se platicaba y tenía por cierto y lo que, dizque, eficazmente movió como a cosa no dudosa a Cristóbal Colón".

Sin embargo, el obispo se muestra muy cauteloso, a continuación: "Pero en la verdad, como tantos y tales testimonios y razones naturales hobiese, como arriba hemos referido, que le pudieron con eficacia mover, y muchos menos de los dichos fuesen bastantes, bien podemos pasar por esto, y creerlo o dejarlo de creer, puesto que pudo ser que nuestro Señor lo uno y lo otro le trajese a las manos, como para efectuar obra tan soberana, que por medio dél, con la rectísima y eficazísima voluntad de su beneplácito, determinaba hacer. Esto, al menos, me parece que sin alguna duda podemos creer: que, o por esta ocasión, o por otras, o por parte dellas, o por todas juntas, cuando él se determinó, tan cierto iba a descubrir lo que descubrió y hallar lo que halló, como si dentro de una cámara con su propia llave lo tuviera.

Las Casas, por lo tanto, como en otras ocasiones, no se pronuncia abiertamente ni a favor ni en contra de la leyenda. Su ambigüedad deja perplejo al lector.

Aparte cualquier otra consideración, Las Casas mezcla dos tipos de rumores: el del piloto desconocido, y la tradición india, según la cual habrían llegado hombres blancos al Caribe, antes de Colón.

Bernaldez ni siquiera hace referencia a la historia del piloto. Se limita a escribir que el proyecto de descubrimiento de Colón fue "el fecho de su imaginación". Tampoco Herrera habla de este asunto.

Ramusio -en 1535- define como "fábula" el cuento de López de Gómara sobre el piloto desconocido, y agrega: "Se trata de una invención ridícula compuesta y formada con tanta ambigüedad en prejuicio del nombre de un hidalgo. Tampoco me parece que el hombre para refutarla deba esforzarse demasiado, siendo bastante claro de por sí mismo que se considera sin ningún fundamento: no expresando ni el lugar, ni el tiempo, ni el nombre del autor, sino queriendo solamente que se dé fe a la simple palabra". También Benzoni -1565- hace hincapié en que se trata de "una invención para disminuir la fama inmortal de Colón".

No obstante, la "fábula" continuó prosperando en los ambientes españoles del siglo XVII; fue novelada, se inventaron nuevos detalles, revelando así cuán infundada era desde su origen.

Entre los autores de este período, el más significativo es el inca Garcilaso de la Vega, quien escribió en 1609 los *Comentarios reales del Perú*. Es interesante citarlo, porque sostiene haber aprendido de su padre los pormenores de la hazaña, que los había oído de los compañeros de viaje de Colón, y porque, por primera vez, el piloto adquiere nombre.

Garcilaso de la Vega, en su amplio relato, dice que el piloto se llamaba Alonso Sánchez de Huelva y que, en 1484, se encontraba navegando entre Canarias y Madera, cuando una repentina tempestad arrastró su nave hasta la isla que posteriormente fue llamada La Hispaniola. De ésta habría regresado a Europa con cinco de sus compañeros y desembarcado en la isla de Terceira, en las Azores, siendo acogido por Cristóbal Colón en su propia casa.

Aparte el hecho de que no consta que Colón haya tenido jamás una casa en Terceira, no se puede confiar en el testimonio de Garcilaso, quien escribía 120 años después de la fecha que él mismo atribuye al viaje de Alonso Sánchez, y sin otro apoyo que vagos recuerdos infantiles.

Entre los colombistas de nuestro tiempo, Thacher parece ser el crítico que más ha profundizado este tema.- Según él, es posible que un marinero, navegando por el Atlántico, pueda ser empujado hacia alguna tierra del oeste por vientos impetuosos. Esto le ocurrió a Cabral en 1500, cuando, rumbo a las Molucas, fue arrastrado por una tempestad desde África hasta las costas del Brasil.

No se puede, por lo tanto, negar la posibilidad del acontecimiento, pero es preciso agregar que debieron faltarles a aquellos marineros las cualidades necesarias para trazar cartas náuticas, en las cuales señalar el punto de su llegada a Occidente, para otros barcos que se dirigieran allá en lo sucesivo. Y les faltaron sobre todo, como subrayará agudamente Morison, las condiciones para poder regresar.

Si un piloto cualquiera hubiese desembarcado intencionadamente o por casualidad en playas desconocidas, habría tomado posesión de ellas en nombre de sus soberanos. Si hubiese sido un marinero de Huelva, habría

revelado el descubrimiento a los Reyes Católicos, y las nuevas tierras se habrían convertido en territorio español. Si el piloto hubiese sido portugués, habría hecho llegar las noticias a Lisboa, y el rey Juan II habría reivindicado aquellas tierras como propias.

La noticia del descubrimiento, una vez relatada por alguno de los supervivientes, habría sido conocida por todo el mundo. Un descubrimiento anterior por parte de los españoles, de Cuba, de la Hispaniola o de cualquier otra isla de las Indias Occidentales, habría sido un argumento valiosísimo en manos del rey Fernando, contra Colón y sus herederos. Por otra parte, con semejante descubrimiento hecho por uno de sus súbditos, Portugal habría podido poner objeciones a las bulas papales, que concedieron el beneficio de aquellas tierras a los soberanos españoles. En cambio, ni desde España ni desde Portugal se levantó jamás ninguna voz para ufanarse de un descubrimiento anterior.

Y además, si Colón hubiese sabido que alguien había ido antes que él hacia occidente, y habría logrado demostrarlo, ¡qué gran argumento habría tenido para convencer a los soberanos españoles del valor de su proyecto! Ni siquiera habría tenido necesidad de dejar Portugal, pues el rey Juan II no le habría exigido pruebas más convincentes.

Peragallo en su *Cristoforo Colombo in Por togallo*, en respuesta a un libro del portugués Luciano Cordeiro, demuestra con abundantes argumentos la falsedad de la leyenda del piloto desconocido.

Caddeo también la ridiculiza.

Mientras algunos autores y, como de costumbre, Vignaud, tratan de dar crédito a la leyenda, los más versados y prestigiosos colombistas han rechazado la historia del piloto. Navarrete: "Una fábula". Ruge: "cuentos de marineros, fábulas que no pueden ser creídas sino por espíritus crédulos"; Haebler: "fabricación burda"; Gaffarel: "dépouiller un héros au profit d'un inconnu, il y avait là de quoi satisfaire bien des envieux"; Markham: "fábula malévola"; HARRISSE: "historieta de carácter apócrifo, audaz y absurdo"; Gallois: "La malveillance des compagnons de Colomb, leur hostilité qui s'est traduite par des faits bien connus, n'explique que trop ces légendes haineuses".

Ballesteros escribe: "Hace veinte años creíamos en la verosimilitud del hecho, pues como hipótesis fructífera explicaba la tenacidad de Colón

ante las juntas de sabios, y denotaba seguridades del éxito de la expedición propuesta porque poseía una carta de ruta de ignorada procedencia y el piloto desconocido daba la solución del enigma de la persistencia y constancia del nauta. Hoy no creemos en la conseja. Es un cuento de marineros en el que Oviedo no cree y del que Las Casas duda con esa escrupulosidad tan característica en él, tan indeciso en muchos de sus juicios. Algún dato más, un documento o indicio, inclinaría la balanza hacia el fantástico piloto. Hasta el presente todo está en el aire y envuelto en tinieblas".

Madariaga no habla en absoluto de esta historia.

Manzano, en cambio, la reactualiza y trata de darle crédito, insistiendo en el siguiente detalle insignificante: "Por Hernando Colón sabemos que su padre, antes de abandonar la isla de Hierro, prometió a sus compañeros de expedición arribar a la isla de Cipango cuando hubiese navegado 750 leguas. Este interesantísimo dato lo confirma el padre Las Casas cuando nos dice que el Almirante "siempre tuvo en su corazón, por cualquiera ocasión o conjetura que le hobiese a su opinión venido, que habiendo navegado de la isla de Hierro por este mar Océano setecientas cincuenta leguas, pocas más o menos, había de hallar tierra". Y el mismo autor, un poco más adelante, nos advierte que el genovés, antes de emprender su travesía por el mar Tenebroso, entregó a los capitanes de los navíos sendas instrucciones para el viaje, y en ellas insertó un capítulo –el primero- en el que les ordenaba "que, habiendo navegado setecientas leguas hacia el Poniente, sin haber descubierto tierra, no navegasen más de hasta media noche"; es decir, después de recorrer el espacio a que la vista alcanzara al ponerse el sol".

Ahora bien, en el primer viaje, Colón no encontró tierra a 750 leguas de Canarias. Sólo en el segundo viaje -el 3 de noviembre de 1493- divisó, precisamente a 750 leguas de la isla de Hierro, una isla bautizada con un nombre que, según Manzano, sería altamente significativo: la Deseada.

Aquí estaría, por lo tanto, el gran secreto de Colón, el secreto celosamente guardado, que no reveló a ninguna de las personas con las cuales tuvo necesidad de discutir los pormenores de su proyecto, sino al padre Marchena, en confesión.

Es sorprendente que Manzano -con menor cautela de la que le es propia en otras ocasiones- dé demasiada importancia al descubrimiento de la Deseada. Se trata de una pequeña isla de 20 kilómetros cuadrados, situada a

unas 6 millas a oriente de Guadalupe, en las actuales Antillas Francesas. No tiene ninguna importancia, y su descubrimiento fue absolutamente fortuito: es una simple coincidencia que se encuentre precisamente a las 750 leguas de distancia previstas por Colón.

No es de creer, realmente, que el piloto desconocido, para dar a Colón un dato exacto, le haya suministrado la posición de la Deseada, una de las islas más pequeñas de Sotavento, antes que la de otras tierras de mayor extensión -la misma Guadalupe, 70 veces más grande, o Dominica, o Antigua, o mejor todavía Puerto Rico y Haití-, que también habrían debido ver o tocar en el curso de tan fantástico viaje. Hasta la coincidencia de la cifra de 750 leguas es más bien insegura, pues no se trata de una cifra absoluta, sino aproximada. Ahora bien, a unas 750 leguas de Canarias se encuentran también Guadalupe, María Galante, Antigua y Dominica.

A cada una de éstas, y sobre todo a Dominica -divisada precisamente en el segundo viaje, antes que la Deseada- Colón habría podido dar, si aceptáramos la interpretación de Manzano, el nombre de Deseada. De cualquier modo, para explicar el nombre Deseada no es necesario recurrir a las esperanzas, ya lejanas y plenamente satisfechas, del primer viaje. Basta con referirse al segundo viaje. Después de la larga travesía, es obvio que los marineros "desearan" encontrar tierra.

La escasa importancia de la Deseada se puede apreciar leyendo a los primeros cronistas.

De esta islita hablan sólo dos: Oviedo y Santa Cruz. Oviedo escribe "la primera tierra que halló e reconoció fue una isla que el nombró, así como la vio, la Deseada, conforme al deseo que él y todos los de su flota traían de ver la tierra". Santa Cruz repite, casi al pie de la letra, al texto de Oviedo.

No habla de ella en absoluto el mismo Cristóbal Colón en su *Diario de a bordo*. No la mencionan Hernando ni Las Casas. Más significativo que cualquier otro testimonio es el de Miguel de Cuneo. Su carta-relato del segundo viaje, ya varias veces citada, toma valor por el hecho de que el autor participó personalmente en ese viaje -a diferencia de los demás cronistas-, y también por el espíritu claramente renacentista -escueto, preciso, sin complejos- que emana de cada una de sus páginas. Ahora bien, Miguel de Cuneo recuerda con lujo de detalles el descubrimiento de Dominica, María Galante, Guadalupe; sobre la *Deseada* no hay la más *mínima* referencia.

A título puramente informativo, consignamos que nos hemos dirigido a la Deseada, hemos comprobado "de visu" su aspecto y hemos hablado con la gente del lugar. Sus habitantes son poquísimos: 1560, según el censo de 1967. Algunos de ellos, de cierta cultura y experiencia, sostienen que el nombre originariamente dado a la isla habría sido Desecada (árida) y que solo posteriormente, para no desanimar a los posibles colonos, Colón lo habría transformado en Deseada. Hemos recogido este rumor, advirtiendo, sin embargo que no esta apoyado por ningún documento. Los mapas más antiguos llevan el nombre de Deseada o en portugués, Desejada.

Es todavía verdad que el hecho de haber encontrado las Pequeñas Antillas -y entre ellas la modesta e insignificante Deseada precisamente a 750 leguas, no constituyó para Colón sino una prueba más -a posteriori- frente a los Reyes Católicos y a sus escépticos consejeros, de que el plan y las provisiones no estaban errados, y no eran fruto de la imaginación de un improvisador o de un visionario. No es la primera vez, ni la última, que el Descubridor adapta la realidad a sus cálculos y a sus tesis.

En el volumen *Colón descubrió América del Sur en 1494*, Manzano desempolva los temas predilectos de los detractores de Colón definiéndolo como "único beneficiario del gran secreto del nauta desconocido". Y añade: "Si Colón, al aprovecharse en exclusiva de la información del protonauta, privó a éste de la gloria del gran descubrimiento, la Providencia, la Fortuna o el Azar no permitieron que a él fuera atribuido el honor de dar su propio nombre al Nuevo Mundo".

Es extraño cómo el autor de un libro tan exacto y profundo como los *Siete años decisivos* haya podido dejarse llevar por un dato incierto.

Hemos ya expuesto en la primera parte las razones por las cuales es absurda y hasta ridícula la hipótesis del "piloto desconocido".

Queremos todavía subrayar un argumento que vale contra las suposiciones de Manzano.

Aunque fuera cierto que Colón hubiese recibido informaciones de este pretendido protonauta, serían igualmente grandes su mérito y su gloria. Porque él habría sabido discernir la noticia verdadera entre las innumerables noticias aportadas por pilotos, navegantes, habitantes de las Azores y otras

islas atlánticas. No sólo Sánchez, sino más de cien personas hablaron a Colón de islas y tierras que pretendían haber visto. Y ¿qué pudo haberle dado ese Sánchez, como garantía de su descubrimiento? ¿Un mapa? ¡Cuántos había visto Colón, con islas y tierras inexistentes! ¿Cañas? ¿Frutas? ¿Maderas labradas? ¿Cadáveres de indios? ¡Todas estas cosas Colón ya las había visto! Y entonces, ¿por qué creer en los datos del protonauta más que en los de otros? Aceptando por absurdo la hipótesis del piloto desconocido, debería reconocerse que el genovés acertó la única noticia segura y exacta entre las muchas fantásticas que circulaban en las islas de los archipiélagos atlánticos y en los puertos ibéricos y lusitanos. Pero siempre debería reconocerse la intuición excepcional de Colón. El hecho no disminuiría, por el contrario, tal vez hasta acrecentaría, sus méritos.

El juicio realmente definitivo sobre el debatido argumento es, según nosotros, el de Morison: "¿Por qué esta leyenda pudo tener en el siglo XVI tan amplia difusión? Porque, en primer lugar, el régimen de los vientos era entonces desconocido: dentro de las nociones de la época, era concebido que un viento ciclónico de Levante arrastrara un barco hasta la Hispaniola. Quizás, también, un viejo y misterioso marinero murió en realidad en la casa de Colón, dando así lugar a chismes después del gran descubrimiento. Con mayor probabilidad, la historia del piloto desconocido fue inventada por algún descontento en la Hispaniola, donde ya en 1500 Las Casas tuvo oportunidad de oírlo, y halló crédito y se difundió a causa de la deplorable inclinación de los hombres por arrancar hojas a los laureles de los grandes".

La novela de Luis Ulloa

Ulloa escribió una novela según la cual el descubridor de América sería un corsario catalán llamado Juan Colom, quien, con el nombre de Joannes Scolvus, habría descubierto en 1476 tierra en Groenlandia, bajo el estandarte de Cristiano I de Dinamarca (6).

Este viaje le habría llevado a la convicción de que, navegando de Islandia o de Groenlandia a lo largo de la costa, se podría llegar a tierras más cálidas, situadas al occidente del continente europeo.

Gracias a esa experiencia marítima, Scolvus-Colom habría realizado primero el predescubrimiento de América por cuenta propia en 1477, y luego el oficial, en nombre de los Reyes Católicos, en 1492.

El autor de esa extravagante y fantástica elaboración seudohistórica es un peruano, bibliotecario de la Biblioteca Nacional de Lima, y

perteneciente al desaparecido y desacreditado grupo de los defensores de la catalanidad del descubridor de América. De esta tesis extravagante y absurda hemos tenido oportunidad de hablar en una ficha del capítulo I de este volumen.

Ulloa, en su libro más conocido entre los varios escritos sobre el tema, titulado *El predescubrimiento hispano-catalán de América en 1477*, después de hablar largamente sobre las varias tesis acerca de la patria del Descubridor, llega a la conclusión de que las Indias fueron descubiertas por un catalán, exactamente por Juan Colom. Trata de explicar la deformación sufrida por el apellido de su personaje Colomo-Colom-Colón y la transformación del nombre Juan: Juan Bautista-Xristo-ferens-Cristóbal.

Ulloa afirma -pero sin ofrecer ninguna prueba- que el documento Assereto, que demuestra la genovesidad del Descubridor, no es otra cosa que una vulgar falsificación. Falsa sería también, naturalmente, la correspondencia toscanelliana, que él define como "una impostura de la posteridad".

Donde el libro de Ulloa alcanza la cúspide de una imaginación descabellada, es cuando describe el viaje de predescubrimiento, -que supuestamente realiza Scolvus-Colom.

El Colom catalán, en su increíble ruta, habría seguido nada menos que el siguiente itinerario: Islandia, Groenlandia, Labrador, Terranova, Bermudas, Florida, Santo Domingo y después, siguiendo la corriente del Golfo, Madera y Canarias.

Todo este viaje -para el cual, por otra parte, Ulloa no ofrece ningún apoyo científico ni ninguna documentación histórica- habría sido realizado con una embarcación de pequeñas dimensiones y ¡con una tripulación de sólo 10 hombres! Los supervivientes de la empresa habrían sido 5, algunos de los cuales murieron de inmediato y otros -a causa de su ignorancia- no habrían comprendido la importancia del viaje, y no habrían divulgado la noticia.

Naturalmente, el único en comprender bien el enorme valor del descubrimiento habría sido Colom, quien luego habría revelado el secreto al Padre Juan Pérez en La Rábida. Desde este momento la historiografía colombina se encauza también para Ulloa, en el camino ya conocido.

¡Esto sí es asombroso!

Para concluir sobre este extraño personaje y sobre la labor pseudocientífica que desplegó, bastará recordar la condena unánime expresada por el Congreso americanista de Hamburgo contra la reelaboración histórica y el método seguido por el bibliotecario de Lima.

La novela de Madariaga

Madariaga atribuye el final positivo de la gestión de Colón ante la Corte de España, al hecho de que el genovés se habría finalmente decidido a revelar su secreto al padre Juan Pérez; éste habría escrito, también secretamente, a los soberanos.

¿Qué sucedió -se pregunta Madariaga- para cambiar la situación hasta el punto de que Colón fuera llamado a Santa Fe? Y contesta: "Evidentemente, la carta del padre Juan Pérez había revelado un hecho nuevo, tan importante como para cambiar el curso de los acontecimientos; y la Reina consideró que era mejor discutir este nuevo hecho con el fraile, antes de llamar a Colón. La revelación del padre Juan Pérez debía ser de tal naturaleza que llegó a fijar, de una vez por todas, en la mente del Rey y de la Reina el carácter cosmográfico del proyecto de Colón: su "oferta".

La clave del misterio estaría -según Madariaga- en el mapa de Toscanelli. ¿Por qué Colón no había logrado convencer antes a los hombres de Estado y a los cosmógrafos? Porque no había exhibido ningún documento.

Sólo cuando Pinzón le mostró un mapa geográfico cualquiera, Colón debe haber reaccionado íntima y simultáneamente de dos maneras: "El mapa geográfico de Toscanelli tiene quizás razón y es tal vez más seguro que Esdras" y: "Es mejor, para no perder la precedencia, mostrar mi mapa antes de que Pinzón muestre el suyo". Con esta idea, Colón se dirigió al padre Juan Pérez y "en poridad descubrió su corazón".

"Esto debe haber sido luego revelado por el fraile al Rey y a la Reina. Colón poseía un mapa y una carta, enviados por Toscanelli a uno de los consejeros del rey de Portugal. Sabía que no tenía derecho de disponer de ello, porque pertenecían a la Corona portuguesa. Había intentado por todos los medios posibles persuadir al rey Juan de actuar según la opinión del gran "astrólogo" florentino, pero no lo había logrado".

"El Rey y la Reina acceden, en primer lugar, en hablar con el padre Juan Pérez quien, en su carta, probablemente hacía referencia sólo a la existencia de un secreto importantísimo; después deciden aceptar, en principio, el aspecto cosmográfico del asunto, tomando en consideración la autoridad altisonante del florentino (del cual, muy probablemente, no habían nunca oído hablar), la aprobación del padre Antonio Marchena, "un buen astrónomo", y la imposibilidad de consultar otros expertos, en vista de que el asunto era secreto. Además, el secreto pertenece al rey de Portugal; ahora bien, si el plan falla, se ha perdido poco; si tiene éxito, el Rey y la Reina han llegado a las Indias siguiendo su vía, independientemente de la de los portugueses. El incentivo de la competencia debe haber disipado de su mente cualquier posible duda, aún más tomando en cuenta que el rey de Portugal no había considerado oportuno seguir el consejo de Toscanelli. Entonces se comprende por qué Colón atribuía tanta importancia a los dos frailes. Y aún más claras se hacen las palabras de Las Casas a propósito del padre Antonio Marchena: "Tampoco pude saber cuándo, ni en qué, ni cómo le favoreciese o qué entrada tuviese en los Reyes". En realidad si Colón no lo hubiese mantenido en secreto, ¿cómo habría podido Las Casas, quien tuvo a su disposición todos los escritos y muchas confidencias de Colón mismo y de su hermano Bartolomé, ignorar un hecho tan importante?".

Aquí termina la novela de Madariaga en torno al "secreto de Colón"(7). Es una magnífica narración, pero no tiene en cuenta posibles y fáciles objeciones:

- 1) Si la carta y el mapa de Toscanelli constituían un documento tan importante como para resolver la situación, ¿por qué Colón, y con él el padre Antonio Marchena, esperaron siete años antes de darlos a conocer? Así como habrían sido mostrados secretamente a los Reyes en 1492, pudieron haberlo sido, también en secreto, en 1487, en el 88, en el 91.
- 2) Si -como el mismo Madariaga admite- probablemente los Reyes ni siquiera sabían quién era Toscanelli, ¿cómo pudieron dejarse convencer por un pedazo de papel que era, a fin de cuentas, sólo la copia de una carta y de un mapa, sin ningún sello, sin ninguna documentación, ni siquiera una firma auténtica? Madariaga, en realidad, no cree en la correspondencia entre Toscanelli y Colón; sólo admite que existió una carta de Toscanelli al canónigo Martins. Colón habría sustraído una copia de ella, furtivamente, del archivo del rey de Portugal. ¿Qué valor podría tener semejante copia?

- 3) Tomando en cuenta el típico orgullo de los españoles, ¿cómo pudo suceder que los soberanos confiaran en un estudioso florentino, a quien no conocían, fallecido hacía tiempo, más que en sus sabios cosmógrafos, astrólogos y teólogos?

La citada novela de Madariaga, de cualquier modo, se desmorona desde las primeras líneas.

¿Qué nuevo factor había intervenido? -se pregunta Madariaga-. La respuesta es inmediata, y mucho más persuasiva y cierta que todas sus elucubraciones: había terminado la guerra contra los moros. El último Abencerraje había cruzado el estrecho de Gibraltar; ¡concluían 781 años de historia!

711: Guadalete - 1492: Granada

¿No es esto acaso algo nuevo, realmente nuevo? Los soberanos, la Corte, toda España, podían dejar de preocuparse por lo que había sido, durante ocho siglos, el mayor de sus problemas: Y podían pensar en cosas nuevas, en nuevas empresas. Podían inclusive emprender, finalmente, osadas aventuras, de éxito incierto.

¿Colón fue un hombre del Renacimiento o de la Edad Media?

Otro problema y otra pregunta: ¿Colón fue un hombre del Renacimiento o de la Edad Media?

Colón se coloca -como todos los grandes hombres de su tiempo- entre estas dos edades. Pero es cierto que, como escribe el autor español Cladera, "su alma era superior al siglo en que vivía".

Medieval es su planteamiento teórico, la visión filosófica y teológica, y los mismos enunciados de sus concepciones científicas.

Renacentista es su fervor investigativo, el vivísimo interés por la naturaleza, la capacidad de enfrentarse a las causas de los hechos hasta entonces todavía no observados ni explicados.

En estos aspectos, tuvo la típica sicología del hombre moderno. Concreto y práctico hasta la pedantería, confiaba sólo en las experiencias directas, que trataba de adquirir por todos los medios. En ellas se basaban

sus propósitos; en ellos tuvo raíces la concepción de su gran plan. No pudo, y no habría sido humanamente posible, prescindir de los conocimientos propios de su tiempo. De éstos se derivan sus errores. De sus propias experiencias directas se derivan sus éxitos. Fue la suya, por lo tanto, una sicología moderna, aunque sobre bases medievales.

Mientras en el campo de la geografía, astrología y ciencias naturales en general, la causa de los errores de Colón, no distintos de los de sus contemporáneos, fue precisamente la base medieval, en lo que respecta a la filosofía y a la teología queda aún por demostrar, -y probablemente jamás se logrará hacerlo- que su base no fue inferior a la del hombre moderno.

Un verdadero Genio

Colón fue un verdadero genio, en el sentido más ancho de la palabra. No tuvo sólo sentido marino y una aguda sensibilidad geográfica: tuvo, junto a una fe inquebrantable y un desmedido deseo de gloria, un carácter voluntarioso y firme, casi testarudo, típico de la gente ligur. Tuvo valor y paciencia, memoria e imaginación. En los momentos culminantes de sus innumerables aventuras logró, no siempre pero a menudo, hacer confluír sus múltiples intuiciones, sus abigarradas virtudes en estas determinaciones que sólo el genio es capaz de tomar.

De esta manera, y solamente así, se explica la concepción del gran proyecto de buscar el Levante por el Poniente. Únicamente de esta manera se explica su inflexible renuncia a la familia, a las ganancias y, sobre todo, al mayor de sus sueños, al mar, durante muchos años, durante la mejor edad: entre los treinta y cuatro y los cuarenta y dos años. De esta manera y solamente así se explica cómo pudieron realizarse sus cuatro empresas atlánticas y su capacidad de guiar, mandar, resistir, conservar un exacto juicio y una lúcida percepción frente a la bravura de los elementos y a las rebeliones de los hombres.

Firme e inquebrantable en sus intenciones y sus decisiones, Colón, casi se codeó con el rey de Portugal, con los Soberanos Españoles, con los financieros genoveses, florentinos y judíos. No era presuntuoso. Era perfectamente consciente de su propio valor y de la fuerza de sus ideas.

Con la presunción nunca habría podido conseguir el aprecio y el afecto del fraile Antonio de Marchena y del fraile Juan Pérez. Con la presunción nunca habría conquistado tantos amigos, protectores, estimadores en la Corte de España; ni habría conseguido la comprensión, y casi la confianza, de aquella mujer extraordinariamente inteligente y de tan rara virtud que fue la reina Isabel.

Con la presunción no habría podido convencer a Alonzo Pinzón, sagaz y experto capitán paleño: al hombre que comparte con él el mérito y la gloria y gracias al cual Colón logró alistar la mayoría de la tripulación. Con la presunción no habría tenido siempre, en cada situación, incluso en la más difícil y peligrosa, el prestigio y el respeto de los marineros, por los que siempre fue obedecido y respetado aún cuando el hecho de Santa Gloria se convirtió en tragedia. La inteligente capacidad de estudio de Colón se observa muy claramente en la comparación de las primeras anotaciones del *Milione* con las de la *Imago mundi*, que muestran los grandes progresos que hizo el marino genovés en pocos años, puede ser que en pocos meses. Si su latín estaba lleno de errores, el empeño con el cual se dedicó a la lectura de obras escritas en perfecto estilo clásico, a veces, como lo de Séneca, casi hermético, aparece digno de muchos elogios. Su capacidad mnemónica se evidencia con el error métrico de la transcripción de los versos de Séneca. De esto podemos deducir que a menudo él transcribió los trozos que le interesaban únicamente de memoria.

De las consideraciones sobre los errores y deficiencias, debidos al ambiente y al tiempo en que vivió se reafirma como indiscutible la grandeza de su genio. Unía a la fantasía, a la inteligencia y a la audacia una voluntad, una constancia, una generosidad de ánimo fuera de lo normal.

Una fuerte y profunda religiosidad ⁽⁹⁾ y la conciencia de una gran misión mantuvieron su paciencia, le prestaron serenidad de espíritu aún en los momentos más duros: no le abandonó jamás la certeza de ser instrumento de la Divina Providencia.

Cristóbal Colón no fue el viajero afortunado que llega a ser descubridor por casualidad. Fue descubridor porque fue inventor, inventor verdadero y genuino, de la nueva idea, de una nueva perspectiva.

Fue uno de los colosos de la historia humana.

Mi pensamiento se vuelve a menudo hacia Colón, cuando miro el mar desde los escollos de la Liguria.

Desde estos escollos, Colón adolescente miraba aquel mismo mar y extraía de él las dos inspiraciones de su vida: la pasión por el mar, que parece infinito, el anhelo de llegar a Dios, que es infinito.

Dos inspiraciones, dos misterios para el joven Colón.

La fe, la voluntad, la genialidad de Colón, marinero y almirante del Océano, han abierto a los hombres los desconocidos límites del mar.

Queda siempre el misterio de Dios, mientras los desconocidos confines de los cielos se están abriendo a nuestra generación.

También y justamente por el acercamiento de las dos épocas y de los dos descubrimientos, debemos estima y admiración profunda al gran Almirante genovés.



BIBLIOGRAFÍA

- (¹) La obra más profunda y completa que subraya y valora el descubrimiento de las dos rutas atlánticas es la de
- G. E. Nunn, *The geographical conceptions of Columbus*. New York 1924.

Véase también a este propósito:

- J. B. Charcot, *Christophe Colomb vu par un marin*, cit., pág. 85, 136, 174 y 313-314.
- S. E. Morison, *Admiral of the ocean sea. A life of Christopher Columbus*, cit., pág. 213-214, 404-405 y 670-671.
- I. O. Bignardelli, *Con le caravelle di Cristoforo Colombo alla scoperta del Nuovo Mondo*, Torino 1959, pág. 155.

- E. Bradford, *Christopher Columbus*. New York 1973, pág. 89.
- (2) Por lo que se refiere al Mar de los Sargazos y a la experiencia de Colón, véase:
- *Raccolta Colombiana*. Parte I, vol. I, *Scrilli di Cristoforo Colombo*, publicados e ilustrados por C. De Lollis: *Giornale, di bordo*, Roma 1892, pág. 6-8 y 14.
 - W. H. Babcock, *The legendary islands of the Atlantic*, New York 1922.
 - G. E. Nunn, *The geographical conceptions of Columbus*, cit., pág. 28.
 - J. B. Charcot, *Christophe Colomb vu par un marin*, cit., pág. 117-128.
 - S. E. Morison, *Admiral of the ocean sea. A life of Christopher Columbus*, cit., pág. 202-203.
 - G. Caraci, *Colombo di Sargassi*, en "Memorie geografiche", vol. IX, Roma 1964, pág. 197-272.
- (3) Sobre el tema del descubrimiento de la declinación magnética, con particular referencia al papel de Colón, cfr.:
- A. Humboldt, *Cosmos*, vol. II, trad. esp., Madrid 1852, pág. 348-356.
 - *Raccolta Colombiana*, Parte VI, vol. II: T. Bertelli, *La declinazione magnética e la sua variazione nello spazio scoperte da Cristoforo Colombo*. Roma 1893.
 - J. B. Charcot, *Christophe Colom vu par un marin*, cit., pág. 109-116.
 - A. Magnaghi, *I presunti errori che vengono attribuiti a Colombo nella determinazione delle latitudini*, en "Bollettino della Società Geográfica Italiana", vol. LXIV, Roma 1928, pág. 459-494.

- A. Magnaghi, *Incertezza e contrasti delle fonti tradizionali sulle osservazioni attribuite a Colombo intorno ai fenomeni della declinazione magnética*, en "Bollettino della Società Geográfica Italiana", vol. LXIX, Roma 1933, pág. 595-641.
- S. E. Morison, *Admiral of the ocean sea. A life of Christopher Columbus*, cit., pág. 200-204.
- I. O. Bignardelli, *Con le caravelle di Cristoforo Colombo alla scoperta del Nuovo Mondo*, cit., pág. 162-164.

(4) Acerca del genio marinerío de Colón véanse los juicios de historiadores antiguos y modernos:

- M. Da Cuneo, *Lettera a Gerolamo Annari*, en *Raccolta Colombiana*, Parte II, vol. II, *Fonti italiane per la storia della scoperta del nuovo mondo*, recogidas por G. Berchet, Roma 1892, pág. 107.
- B. de Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo I, cap. III, ed. Madrid 1875, pág. 49.
- G. F. de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, tomo I, cap. IV, ed. Madrid 1851, pág. 18.
- A. Bernaldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, vol. II, cap. CXXXI, ed. Madrid 1869-1875, pág. 72.
- G. Robertson, *Historia de América*, trad, esp., tomo I, Barcelona 1840, pág. 110.
- A. Humboldt, *Cosmos*, vol. II, trad. esp., cit., pág. 328-331, 344, 348-350 y 359-379.
- F. Duro, *Colón y Pinzón*, Madrid 1883.
- C. Markham, *The journal of Christopher Columbus during his first voyage, 1492-93*, London 1893.

- *Raccolta Colombiana*, Parte IV, vol. I: E. A. D'Albertis, *Le costruzioni navali e l'arte della navigazione al tempo di Cristoforo Colombo*, Roma 1893.
- J. B. Thacher, *Christopher Columbus, his life, his work, his remains*, vol. I, New York 1903, pág. 163-186.
- H. Vignaud, *Le vrai Christophe Colomb et la légende*, Paris 1921, passim.
- G. E. Nunn, *The geographical conceptions of Columbus*, cit., pág. 53 y passim.
- M. André, *La veridique aventure de Christophe Colomb*, Paris 1927, pág. 109.
- J. B. Charcot, *Christophe Colom vu par un marin*, cit., pág. 20, 85, 133, 174, 313 y 316.
- R. Caddlo, *Appendice I. a F. Colombo, Historie di Cristoforo Colombo*, vol. II, ed. Milano 1930, pág. 379-384.
- G. Doria, *Introducción a J. B. Charcot, Cristoforo Colombo visto da un marinaio*, trad. it., Firenze 1932, pág. XV-XX.
- P. Revelli, *Cristoforo Colombo e la scuola cartografica genovese*, vol. II, Génova 1937, pág. 389-390.
- S. de Madariaga, *Christopher Columbus*, London-New York 1940, pág. 88, 111-112 y 197.
- S. Crino, *Como fue scoperta l'America*, cit., pág. 128-129.
- A. Ballesteros Beretta, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, vol. II, Barcelona-Buenos Aires 1945, pág. 762-767.
- S. E. Morison, *Admiral of the ocean sea. A life of Christopher Columbus*, cit., pág. 669-671 y passim.

- S. E. Morison, *Christopher Columbus mariner*, Boston 1955, pág. 198-199.
- I. O. Bignardelli, *Con le caravelle di Cristoforo Colombo alla scoperta del Nuovo Mondo*, cit., pág. 154-158.
- P. E. Taviani, *Cristoforo Colombo e la tradizione marinara di Genova*, en "La Caravella", Roma 1972, pág. 11-18.
- E. Bradford, *Christopher Columbus*, cit., pág. 280.
- F. Fernández Armesto, *Columbus and the conquest of the Impossible*, London 1974, pág. 212-215.

(5) Hablan de la leyenda del "piloto desconocido":

- H. Colón, *Historia del Almirante Don Cristóbal Colón*, vol. I, ed. Madrid 1932, pág. 76, 167, 171, 322.
- B. de Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo I, cap. XIV, ed. Madrid 1875, pág. 103-106.
- G. F. de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, tomo I, cap. VI, ed. Madrid 1851, pág. 18.
- A. Bernaldez, *Memorias*, cap. CXIX, ed. Madrid 1962, pág. 279-280.
- A. de Santa Cruz, *Crónica de los Reyes Católicos*, vol. I, cap. XXI, ed. Sevilla 1951, pág. 111-112.
- L. de Gomara, *Historia general de las Indias*, tomo I, cap. XIV, ' ed. Madrid 1922, pág. 37-39.
- G. de la Vega, *Comentarios Reales del Perú*, Parte I, cap. III, ed. Lisboa 1609.
- G. Benzoni, *La historia del mondo nuovo*, Venezia 1565.
- G. B. Ramusio, *Delle navigations el viaggi, Discorso del Ramusio*. vol. III, Venezia 1565, pág. VI-VII.

- J. de Viera y Clavijo, *Noticias de la historia general de las Islas Canarias*; VI ed., Santa Cruz de Tenerife, 1967-1971, vol. I, pág. 594-595.
- Un estudio muy detallado, con amplia bibliografía sobre el tema, ha sido elaborado por J. A. Aboal Amaro, *Leyendas colombinas, el piloto desconocido*, Montevideo 1947.

Para una mayor profundización de este tema véase, entre los colombistas:

- W. Irving, *A History of the life and voyages of Christopher Columbus*, London 1828, pág. 197-203.
- A. Humboldt, *Examen critique de l'histoire de la géographie du Nouveau Continent*, Paris 1836-37, vol, I, pág. 225; vol. II, pág. 255.
- M. F. de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*, vol. I, 2ª ed., Madrid 1858-80, pág. 50.
- P. Peragallo, *Cristoforo Colombo in Portogallo*, Génova 1882, pág. 131-173.
- H. HARRISSE, *Christophe Colomb, son origine, sa vie*, vol. I, Paris 1884, pág. 106-107.
- H. HARRISSE, *Christophe Colombo devant l'histoire*, Paris 1892, pág. 62-63.
- P. GAFFAREL, *Histoire de la découverte de l'Amérique*, Paris 1892, pág. 47-57.
- C. MARKHAM, *Life of Christopher Columbus*, London 1892, pág. 37-38.
- K. HAEBLER, *History of the world*, London 1901, pág. 349.
- L. GALLOIS, *Toscanelli et Christophe Colomb*, en "Annales de géographie", Paris marzo 1902, pág. 110.

- S. Ruge, *Die Echtheit des Toscanelli-Briefes*, en "Zeitschrift der Gesellschaft für Erdkunde", n. 6, Berlin 1902, pág. 508.
- G. Uzielli, Toscanelli, *Colombo e la leggenda del piloto*, en "Rivista geográfica italiana", Firenze 1902.
- J. B. Thacher, *Christopher Columbus, his life, his work, his remains*, vol. I, New York 1903, pág. 325-338.
- S. Ispizúa, *Historia de la geografía*, Madrid 1922-26, pág. 328.
- R. Caddeo, Nota 25 al cap. IX de F. Colombo, *Historie di Cristoforo Colombo*, vol. I, ed. Milano 1930, pág. 77-78.
- F. X. de Sandoval, *Cristóbal Colón*, Madrid 1968, pág. 92, 309-311.
- M. Menéndez y Pelayo, *Carta a Sandoval del 10 de julio de 1909*, en F. X. de Sandoval, *Cristóbal Colón*, cit., pág. 309-311.
- A. Ballesteros Beretta, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, vol. I, Barcelona-Buenos Aires 1945, pág. 354-358.
- S. E. Morison, *Admiral of the ocean sea. A Ufe of Christopher Columbus*, Boston 1949, pág. 61-63.
- I. O. Bignardelli, *Con le caravelle di Cristoforo Colombo alla scoperta del Nuovo Mondo*, Torino 1959, pág. 80-81.
- F. Morales Padrón, *Historia del descubrimiento y conquista de América*, Madrid 1963, pág. 50.
- J. Manzano Manzano, *Cristóbal Colón. Siete años decisivos de su vida*, 1485-1492, Madrid 1964, pág. 16,88-93.
- J. Manzano Manzano, *Colón descubrió América del Sur en 1494*, Caracas 1972, pág. XIV-XVI y pág. 1.

- D. Ramos, *Los contactos trasatlánticos decisivos, como precedentes del viaje de Colón*, en "Cuadernos colombinos", n. 2, Valladolid 1972.
- J. Manzano Manzano, *Colón y su secreto*, Madrid 1976.
- G. Gliozzi, *Adamo e il nuovo mondo*, Firenze, 1977, pág. 276- 280.
- E. Jos, *El plan y la génesis del descubrimiento colombiano*, Valladolid 1979-80, pág. 97-100.

(6) La extraña tesis de un "predescubrimiento" realizado por el mismo Colón en 1477 es de:

- L. Ulloa, *El predescubrimiento hispano-catalán de América en 1477*, Paris 1928.

La rechazan con argumentos irrefutables:

- G. Caraci, *Una pretesa scoperta dell'America vent'anni innanzi Colombo*, Roma 1930.
- A. Ballesteros Beretta, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, vol, I, cit., pág. 121-127.
- S. E. Morison, *Admiral of the ocean sea. A life of Christopher Columbus*, cit., pág. 62-63.

(7) La tesis, igualmente extraña de que el secreto de Colón habría sido la carta de Toscanelli, es presentada por:

- S. de Madariaga, *Christopher Columbus*, London-New York 1940, p. 161-162 y 171-172.

Que la citada tesis de Madariaga es históricamente insostenible, ha sido demostrado en el capítulo 42º de la primera parte de mi obra *Cristóbal Colón, la génesis del gran descubrimiento*, Novara- Barcelona 1982. A este propósito véase también:

- J. B. Charcot, *Cristophe Colom vu par un marin*, Paris 1928 pp. 45-46, 92 y 314-316.
- G. Doria, *Introducción a J. B. Charcot, Cristoforo Colombo visto da un marinaio*, trad. it. Firenze 1932, pág. XV-XVI.
- I. O. Bignardelli, *Con le caravelle di Cristoforo Colombo alla scoperta del Nuovo Mondo*, cit., pág. 116-119.

(8) Sobre Colón, hombre del Medioevo y del Renacimiento, cfr.:

- C. Cladera, *Investigaciones históricas sobre los principales descubrimientos de los españoles en el Mar Océano*, Madrid 1794, pág. 34.
- S. Ruge, *Geschichte des Zeitalters der Entdeckungen*, Berlín 1881, pág. 314-320.
- C. Maneroni, *Di una presunta carta di Colombo*, en "Atti del Real Istituto Veneto di scienze, lettere ed arti", tomo 34°, Venezia 1925.
- A. Magnaghi, *I presunti errori che vengono attribuiti a Colombo nella determinazione delle latitudini*, en "Bollettino della Società Geográfica Italiana", Roma 1928.
- A. Magnaghi, *Colombo*, voz de la *Enciclopedia italiana*, vol. X, Roma 1931, pág. 810.
- A. Ballesteros Beretta, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, vol. II, Barcelona-Buenos Aires, 1945 pág. 760-761.
- F. Morales Padrón, *Historia del descubrimiento y conquista de América*, Madrid 1963, pág. 48.
- F. Fernández Armesto, *Columbus and the conquest of the impossible*, London 1974, pág. 213.
- J. Hlers, *Cristophe Colomb*, París 1981, pág. 570-648.

(9) Sobre la religiosidad de Colón cfr.:

- P. E. Taviani, *Non fu certo un santo, ma grande fue la sua fede*, in "*JESUS*", Milano aprile 1985, pp. 85-87.
- P. E. Taviani, *I Viaggi di Colombo, la grande scoperta*, Novara 1985, vol. IIº, pp. 323-325.

